Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 14

Poemas

Sánchez Camargo, Martín

2015-03-09

http://hdl.handle.net/20.500.11777/413

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

MAGISTRALIS, NO. 14, ENERO-JUNIO, 1998

CAJA DE PANDORA

POEMAS

Martín Sánchez Camargo*

-¿Por qué me desgarras? ¿No tienes ningún sentimiento de piedad? Hombres fuimos, y ahora estamos convertidos en troncos: tu mano debería haber sido mas piadosa, aunque fuéramos almas de serpientes.

DANTE. *La divina comedia,* "Canto XIII"

Séptimo círculo: los violentos

Supe de monarcas que acabaron
con el oro y el brillo de su mármol,
y que ahora sólo visten el recuerdo de su manto;
supe de los hombres que arrastraban su existencia
como una camisa sucia y solitaria;

conocí desertores de la vida
que colgaron su cuello al quicio de la puerta,
pero sus perros fieles los bajaban de la cuerda
desfallecientes;

hubo hombres que caían por el peso del alcohol
en las esquinas de sol y orines;

* Profesor del Área de Integración, UIA-GC

conocí viajeros que llevaban su corazón
cansado en el equipaje,
y una muchacha que esperando envejecía;

supe de mujeres con amantes no deseados,
derretidas en duros catres de moteles,
y en lechos fríos de cárceles y hospitales;

estuve cerca de los asesinos
y de los hijos de los asesinos,
que crecían en su veneno
hasta sus raíces mortales

Todos estuvieron ahí;
igual que yo esperaron de los samaritanos
una moneda y un vaso con agua,
pero sólo nos dieron
sus palabras de catecismo
y mansamente se golpearon el pecho:
"que Dios los perdone".

Quiero morir,
grita Edipo,
sabio rey de una sorda muchedumbre
que no escucha sus lamentos.

Quiero morir en mi noche de hielo;
cubrir de hierba mis pies descalzos,
mojarme con perfume de santo.
Quiero mirarme en un espejo
que no huya más de mi carne;
no ser ya un fragmento de la noche
que los dioses del destino
acuñaron de boca en boca
en la memoria.

No quiero morir como una estatua,
asfixiado por el flujo de las palomas;
no quiero ver mi cadáver asado en el asfalto,
pisoteado al mediodía
por transeúntes convertibles
en animales de caucho
y hierro.

No tengo nada qué decir en mi defensa
Mi correo ya no lo escribo,
pero lo espera una reina
en un castillo que naufraga
en una isla donde los guardias
se juegan mi trono
y duermen ebrios
en las torres del reino
que ya no es más de este mundo.

Los hijos que engendro
no alcanzan a ver la luz,
y si nacen,
bajo el sueño de la cama,
dan su espalda al puñal,
o su cuerpo lo ofrecen
a un criado infiel
que resuelve con los dioses
no arrojarlo a las fauces de un abismo.

Mis hijos padecen
el amor que los engendra;
son vidas que padecen
por la fuerza del viento y el polvo,
y ya estatuas
olvidan su sonrisa.

Pálida mi sangre
en la neblina de los ojos,
derramados por la acción
del broche de oro
de una trágica ceguera del espíritu.

Mis enemigos con garfios
me laceran;
miden de punta a punta
mi dolor del día,
me toman el pulso débil
y los alegran mis huesos.

No quiero llegar
a la muerte de mi padre,
a la edad que me hace falta.

No quiero que me encuentre
la espada de mi hijo.
No quiero ser atravesado
por una bala que no sea mía.

Nada. Nadie
me pertenece.

Dios del destino largo
que me dejaste en la puerta,
lánzame un rayo
que me haga pasto del fuego.

Voyeur

Domar la serpiente
que mece su veneno
en el ojo dormido de la puerta.

Rotar las imágenes
que en la caja del ojo
ordenan los placeres.

Un cuerpo
llovizna
sin consuelo;
busca en los armarios
los dientes de la llave
que muerda
los secretos
de un río
de peces
y luna.

No hay culpa
en el atisbo del ojo;
un dulce temblor
derrama
como agua
el deseo
que nos baña.

En la madrugada

A la una cuarenta y seis,
ella recuerda el sueño
del hombre que se durmió
en el quicio de la puerta.

(*Un gato gris se escurre*
entre sus manos)

Por el sueño, tiene recuerdos
del hombre al que le teme,
y de la niña que no reconoce.

(*El gato se esconde*
entre sus dedos)

A las dos con doce,
escribe una carta triste;
sabe que está sola,
y aunque le teme a los columpios
desearía ser la niña
que hace poco dejó de creer
en el cielo.

(*Duerme el gato*
en la tibieza del regazo)

Ahora, sólo extraña las estrellas.

Días de siempre

Estos días son los de siempre.
Nada de fiebre ni tristeza;
sólo hechos celebrados a lo loco.

Días sembrados por que sí
de fiestas
por viejas epopeyas;
tiempo de quizá y quién sabe.

Vivir el instante.

Sin viaje ni viajeros
no hay destino.

Espejismos sin razón,
sin causa.
Sólo días
en que viajamos
sin ida ni regreso.

La niebla avanza

con pies de gato;
lame las azoteas,
rasguña las fachadas,
camina por callejones
buscando el humus
de los que no duermen
por el esfuerzo
de mantener tibio el mundo.

Avanza la niebla
con pies de gato,
y si amanece
se queda a ronronear
al pie de nuestras tumbas.